

ciones revelan el progresivo agotamiento del género; en el siglo XVII sólo el *Buscón* puede competir con la briosa andadura del *Lazarillo* y el *Guzmán*, cumbres del género. Sigue abierta, pues, la cuestión de si se acabaron los pícaros o los que se acabaron fueron los novelistas. No me parece dudoso que la grey picaresca disminuyera como consecuencia de las causas mencionadas: decadencia de las ciudades y creciente vigilancia de las autoridades; pero al finalizar el siglo XVII Sevilla, a pesar de su decaimiento, seguía siendo una urbe populosa, como lo era también, y en franco ascenso, Cádiz. Y Madrid mantenía sus ciento cincuenta mil habitantes, nutridos con una continua aportación de la nobleza provinciana; un excelente caldo de cultivo del pícaro. Tal vez lo que ocurre es que, despojado del oropel literario, el pícaro de fines del XVII y de todo el XVIII aparece como lo que realmente era: uno de esos inadaptados, holgazanes y vagabundos de que nos hablan las fuentes históricas y jurídicas y para quienes los hombres de la Ilustración prepararon hospicios que eran verdaderos correccionales, a imagen de las *work houses* inglesas, cuando no los arrojaban sin más a los cuarteles y los arsenales.

La polémica sobre el carácter de la formación socioeconómica predominante en la España de los Austrias puede recibir esclarecimientos con los numerosos textos que acumula Maravall en el capítulo segundo sobre la acusada monetarización consecutiva a la entrada de los tesoros americanos. Creo que tiene razón al insistir en la profunda penetración del individualismo renacentista, la economía de mercado y el papel del dinero, fenómenos todos que barrenaron las bases del feudalismo bajomedieval. En vano se quejara insistir en aspectos como el frecuente cambio de la renta en dinero a la renta en especies, que no fue un retroceso hacia esquemas ya superados, sino una defensa contra la inflación que estaba royendo las rentas ¿Qué relación tienen estos hechos con la picaresca? El propio Maravall nos responde: el pícaro vivía también inmerso en la atmósfera dineraria, sabía de técnicas bancarias y de inversiones productivas, las ponía en práctica cuando se le deparaba la ocasión. Guzmán de Alfarache puso su dinero a cambio, «donde me rendía una moderada ganancia», y trató, sin éxito, de utilizar la dote de su mujer para negocios comerciales. Pablos, el *Buscón*, también pensó en negociar con una dote. «Así, pues, el dinero aparece como un medio de empleo habitual en la picaresca, bajo sus diferentes formas, sobre todo dinero amonedado» (p. 129). Yo diría más; creo que el fenómeno de la picaresca no se entiende fuera de una sociedad en la que predominan la libertad personal y la economía de mercado. Aunque no enteramente desconocido (no hay regla sin excepción) el desarraigado no encaja dentro de una sociedad feudal en la que cada uno tiene marcado su sitio.

En «La imagen dicotómica de la sociedad» (capítulo III) Maravall relaciona el creciente foso entre pobres y ricos con la crisis del siglo XVII. Apunta la hipótesis de que quizá no hubo más pobreza sino mayor conciencia de la desigualdades sociales. Probablemente se dieron ambas cosas: mayor pobreza y mayor conciencia de las injusticias sociales y también políticas, a través de unos impuestos que gravaban más a las clases populares. Los disturbios andaluces de 1652 (y también los que ocurrieron en Francia en la misma época) fueron, en gran medida, revueltas antifiscales. Ahora bien, esa presión fiscal sólo podía afectar levemente a los pícaros, que no pagaban alcabala ni papel sellado, que vivían del merodeo, *del cuento*. Las listas que tenemos de los detenidos por los disturbios

demuestran que no los protagonizaron vagabundos sino obreros, menestrales. Por otra parte, la idea que emitió Charles Aubrun y acepta Maravall, y que remite el origen de la novela picaresca al rencor del pobre contra el rico, visible, dice, en el *Lazarillo*, y que alcanza su plenitud en la *Segunda Celestina* y el *Buscón*, es sugestiva, pero siempre nos quedará la duda de si ese sentimiento lo albergaban los pícaros o solamente los que novelaban sus hazañas. La dicotomía Literatura-Realidad se nos aparece de nuevo cargada de enigmas.

Las tensiones en el seno de aquella sociedad no surgían sólo de la contraposición pobres-ricos; existían también las diferencias estamentales: seculares y clérigos, nobles y plebeyos; las relaciones de dominio: gobernantes y gobernados; las relaciones laborales: empresarios y empleados (incluyendo el servicio doméstico, tan extendido en aquella época y que era una forma de vida particularmente apreciada por los pícaros). A más de estas contraposiciones de ámbito universal, en España existió otra, de carácter a la vez religioso y racista: la que separaba a los cristianos viejos de los nuevos, un tipo de segregación concretada en los estatutos de limpieza de sangre, a los que en este libro no se hace ninguna alusión. Maravall siempre fue escéptico en este punto; minimizó aquellas contrariedades, como reacción contra los excesos de Américo Castro y algunos de sus discípulos, que pretendían reducir toda la problemática social de España a esta cuestión. Creo que acerca de ella tengo alguna autoridad y ni me convence la inflación de la teoría castrista ni apruebo que Maravall la minimizara hasta tal punto; es verdad que para la masa de la población, para los estratos inferiores que no ambicionaban honores ni elevados cargos, el problema no existía; tampoco para las familias más encumbradas, a las que no se atrevían a hincar el diente los *informantes*; corrían libelos, pero se reían de ellos. Mas para una porción considerable de la clase media que aspiraba a un hábito, una canongía, un puesto de colegial mayor, el problema existía con tremenda crudeza, y fue causa de que muchos se expatriaran o sucumbieran ante el rigor de inmensas pesadumbres¹².

También existía lo que con el tiempo se llamó la *limpieza de oficios*, o sea, la exigencia vigente en muchas corporaciones, de que ni el candidato ni sus ascendientes hubiesen ejercido profesiones *viles* y *mecánicas*¹³. Contra una opinión muy extendida, esta preocupación no era propia de España sino general a todo el Occidente. Los textos que reúne Maravall sobre este punto no dejan lugar a dudas¹⁴. Ni qué decir tiene que el pícaro era insensible a esta ideología nacida de un concepto caballeresco de la vida que le resultaba extraño. Por la misma razón, la profesión militar, que tantos aventureros y rebeldes seguían, no era del agrado del auténtico pícaro, que a través de los textos rara vez aparece como hombre de *armas tomar*. Tanto más paradójico resulta que las levas forzosas se cebaran en ellos, hasta el punto de que, según indiqué, creo que éste pudo ser un factor coadyuvante a la desaparición de la picaresca.

Muy sugestivas son las páginas en las que Maravall examina y define la contraposición entre el pícaro marginado y el «gracioso» integrado, lo que le sirve de introducción a otro discurso acerca de los graciosos, locos y bufones, abundantes en las casas reales y en los palacios señoriales. Echo de menos la cita de la excelente monografía que sobre *Locos, enanos, negros y niños palaciegos* escribió en 1939 Moreno Villa desde su exilio mexicano. También me hubiera gustado un tratamiento más amplio de la religión (o irreligi-

¹² El problema no se ha extinguido del todo. Aún hay en la sección de Órdenes Militares del Archivo Histórico Nacional no pocos expedientes reservados de personas a quienes se les negó un hábito y cuyo nombre no es permitido divulgar.

¹³ Estas palabras suelen aparecer juntas pero no significan lo mismo; profesiones viles eran las que descalificaban absolutamente, como las de carnicero, mesonero, pregonero, verdugo y otras (las listas variaban de unas comarcas a otras). Los oficios mecánicos o manuales, como carpintero, zapatero, sastre, y en general todos los agremiados, tenían su propia honra y un puesto reconocido en la sociedad jerárquica.

¹⁴ En Estado moderno y mentalidad social (II, 380 y siguientes), Maravall reunió gran número de textos que demuestran la extensión de esta mentalidad por toda Europa.

gión) del pícaro, rasgo muy sobresaliente en una sociedad tan sacralizada y en la que el cumplimiento de los deberes religiosos se vigilaba estrictamente. Vuelvo a insistir en el interés que tendría una mayor explotación de la literatura misional, y como muestra copio a continuación un párrafo del padre Roa en el que no se menciona la palabra *pícaro*; pero, indudablemente, se trata de pícaros:

«Hay en esta ciudad (de Sevilla) gran número de moçuelos pobres a quienes llaman algarines; sirven con esportillas de llevar lo que en las plaças, carnicerías y rastros compran para su sustento los ciudadanos; gente como dicen sin ley y sin rey, malhabituados a juegos y juramentos, sin más prendas muchos de cristianos que la fe del santo bautismo, ygnorantes de la doctrina; no reconocen iglesia ni cura; misa las fiestas no la oyen sino obligados de los nuestros que van a buscarlos»¹⁵. Evidentemente, no todos los esportilleros serían pícaros, pero era un oficio que les cuadraba muy bien. El texto transcrito podría confrontarse con las muchas noticias que sobre los esportilleros madrileños hay en la literatura y en la documentación de la Sala de Alcaldes del Archivo Histórico Nacional.

Otra vía de acceso hacia el fenómeno picaresco son los actuales estudios sobre la familia¹⁶, puesto que el pícaro procedía casi siempre de una familia deshecha. Pero también se daba (y Maravall le dedica unas páginas) el *desgarramiento* de jóvenes de buena familia y sin motivos aparentes para situarse al margen de la sociedad, lo que demuestra la complejidad de un fenómeno en el que intervenían factores exógenos y otros íntimos, individuales. Maravall parece que se inclina por los primeros, por las circunstancias sociales; la picaresca sería un producto del choque entre unas aspiraciones de promoción social y unas estructuras cerradas que se oponían a ese ascenso: «En la sociedad barroca en la que la picaresca surge¹⁷ se encuentran una serie de bienes y valores a disposición de individuos de la misma; las posibilidades de conseguirlos son muy diferentes de unos a otros en relación con el nivel social que ocupan; para algunos esas posibilidades son nulas, y esa exclusión del régimen de recompensas les coloca en una situación de marginados. Algunos no se resignan... y se esfuerzan por derribar violentamente esas barreras (son los sediciosos o rebeldes). Otros se retraen y apartan, llenando de ociosos y vagabundos los caminos. Otros, solos o en cuadrillas, se entregan a la violencia delictiva, al banditismo» (páginas 420-421).

Muchos otros comentarios podríamos hacer a esta obra monumental, pero fuerza es acoplarse a los estrechos límites de un artículo. Terminaré estas someras reflexiones con una discrepancia y una nota filológica. La discrepancia es de orden general, y afecta a la tendencia de Maravall a exagerar el dirigismo estatal en la sociedad barroca, cosa que ya advirtió J.H. Elliott en su recensión de *La cultura del barroco*¹⁸ y que se advierte también en varios pasajes de la obra que comentamos, como cuando apunta que el gobierno era tolerante con el juego y otros vicios por considerarlos como válvulas de escape, «factores de estabilización del sistema político, al modo como lo he dicho en otras ocasiones del teatro, de las fiestas despilfarradoras, etc» (página 514). En la documentación oficial más reservada, aquella de la que pueden extraerse las máximas que seguía el gobierno no hay nada que autorice esta suspicacia. En cuanto a la consideración del juego como «una de las maneras de la conducta aberrante, inherente a la descalificación social» (pá-

¹⁵ Martín de Roa, S.J. (1561-1637), Historia de la Provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús, libro IV, capítulo 5º. Manuscrito en la biblioteca universitaria de Granada, del que publicó un amplio extracto don Rafael Ramírez de Arellano. La palabra algarín significa en árabe ladrón, y más concretamente, ladrón rural.

¹⁶ J. Casey: «La familia en Andalucía» (Historia 17, n.º 57) suministra una buena introducción al tema.

¹⁷ Afirmación discutible: recordemos que el Lazarillo se compuso a mediados del XVI.

¹⁸ En New York Review of Books del 9 de abril de 1987, páginas 28-30.

¹⁹ *Cabrera de Córdoba*: Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614, passim.

²⁰ Véase, por ejemplo, la carta de la Casa de Contratación de 18 de mayo de 1610 permitiendo enrolar «levantiscos, arragoces (o sea, ragusanos) y alemanes, y en ninguna manera portugueses, ingleses, franceses ni flamencos» (Archivo de Indias, Contratación, legajo 5, 171).

gina 517) me bastará recordar que los juegos de cartas se practicaban en la alta sociedad, y el propio Felipe III le dedicaba sesiones nocturnas en las que a veces perdía cantidades enormes¹⁹.

La nota filológica se refiere a los «levantiscos», que dice no saber quiénes eran (página 285). Los *levantiscos* eran los *levantinos* de los países del Mediterráneo, entre los que había cristianos (como los libaneses) que venían a comerciar y a ofrecer sus servicios a España. En no pocas ocasiones suplieron la escasez de tripulación de las flotas de Indias que, en principio, debían estar tripuladas únicamente por españoles²⁰.

Antonio Domínguez Ortiz



Con Domínguez Ortiz. Madrid, 1976